

RBA

Antonio Muñoz Sánchez
El amigo alemán
El SPD y el PSOE de la
dictadura a la democracia

Prólogo de Ángel Viñas



ANTONIO MUÑOZ SÁNCHEZ

El amigo alemán

El SPD y el PSOE de la dictadura
a la democracia

Prólogo de
ÁNGEL VIÑAS

R B A

TEMAS DE ACTUALIDAD
Serie Historia de España
Dirigida por Jorge M. Reverte.

Los lectores interesados pueden contactar
con el director de la colección a través
de la siguiente dirección de correo electrónico:

Actualidad-Historiadeespaña@rba.es

—
© Antonio Muñoz Sánchez, 2012.
© del prólogo: Ángel Viñas, 2012
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2012.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: mayo de 2012.

REF.: ONFI483
ISBN: 978-84-9006-285-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 11.922-2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.



Este libro ha sido publicado con la ayuda económica
del Instituto Universitario Europeo de Florencia.

A nosa fronteira era o río,
[...]
pisando as pedras redondas
poñíamos unha ponte cada vez
que cruzábamos a raya.

E traíamos sempre, apegada
nas zocas,
terra do outro lado, tanta
a lo menos
como levábamos da nosa.

A fronteira
AURORA GARCÍA RIVAS
(Santiso d'Abres, Asturias)



CONTENIDO

<i>Prólogo, por Ángel Viñas</i>	II
---------------------------------	----

EL AMIGO ALEMÁN

1. Visiones divergentes frente a una dictadura sin futuro: SPD y PSOE (1962-1969)	19
2. Tan lejos, tan cerca: el SPD y la renovación del PSOE (1970-1974)	61
3. Prevenir el contagio portugués. El SPD descubre al PSOE en la agonía del franquismo (octubre de 1974-noviembre de 1975)	139
4. La Fundación Ebert y la reconstrucción del PSOE en España (noviembre de 1975-junio de 1977)	217
5. Por la reforma negociada. El PSOE en la política alemana hacia la transición española (noviembre de 1975-junio de 1977)	279
<i>Recapitulación y conclusiones</i>	391
<i>Agradecimientos</i>	405
<i>Lista de siglas y abreviaturas</i>	407
<i>Notas</i>	411
<i>Fuentes</i>	475
<i>Bibliografía</i>	479
<i>Índice onomástico</i>	493



PRÓLOGO
por
ÁNGEL VIÑAS

El lector tiene en sus manos un soberbio ejemplo de lo que un joven investigador español puede hacer a la hora de desentrañar uno de los capítulos más sugestivos de la historia contemporánea de España y de Alemania. Un episodio clave pero que hasta ahora solo había sido rozado en la literatura sin el adecuado soporte documental y sin la debida penetración analítica.

El autor de esta apasionante monografía, que para muchos evocará recuerdos todavía vivos en la memoria, se ha pasado años investigando en archivos alemanes y españoles y en repositorios privados. Ha reconstruido fielmente, con precisión envidiable, lo que cabe desprender de la evidencia primaria de época para iluminar un feliz reencuentro: el de la socialdemocracia alemana, sin cuya aportación no es comprensible la evolución de la República Federal, y el del socialismo español en un período crítico de la historia de la España contemporánea: el de la transición de la situación de coacción bajo la dictadura de Franco a la de la recuperación de las libertades democráticas. Sobre tal periodo, ya en sí y por derecho propio, se ha escrito abundantemente. Se escribirá mucho más en el futuro, a medida que el paso del tiempo y la llegada a escena de nuevas generaciones aporten nuevas perspectivas que, inevitablemente, se basarán en nuevas bases documentales, hasta ahora poco conocidas o incluso desconocidas.

Corresponde a Antonio Muñoz, historiador de una gene-

ración para la cual la transición es ya historia, haber penetrado en una de esas bases. Sus aportaciones son novedosas y rompedoras.

Por debajo de ellas existe una placa tectónica sobre cual gira una parte de la memoria colectiva. También de la historia de España. La Alemania de Hitler, el Tercer Reich, fue uno de los padrinos que izaron a la pila bautismal la naciente dictadura española a partir de 1936. Sin la aportación alemana (e italiana), en hombres, material, apoyo político-diplomático y contribución policial e intelectual, es difícil concebir que Franco hubiera podido ganar la guerra y montar, como montó, su versión del fascismo español.

En aquella placa quedaron incrustados episodios dramáticos: Gernika, las operaciones combinadas tierra-aire en la campaña del Norte, los bombardeos sistemáticos de ciudades por la Legión Cóndor, la infame cooperación con la Gestapo y con las SS, la importación en España de numerosos elementos de la cosmovisión nacionalsocialista, que hoy amplios sectores de la derecha española quieren, naturalmente, olvidar. Todo ello determinó la subsiguiente alineación de la España franquista durante la segunda conflagración mundial. Constituyó, desde el punto de vista de los vencedores, el «pecado original» del régimen. Nunca pudo escapar a él totalmente. Con todo, la Alemania de Adenauer no escatimó sus complacencias con los Gobiernos de Madrid. En la pugna sin cuartel de la guerra fría los enemigos de los enemigos eran automáticamente amigos y Franco encontró siempre en los medios católicos y conservadores, ferozmente anticomunistas, de la RFA, comprensión y apoyo. Publicistas e historiadores alemanes pusieron su granito de arena a la común tarea de desfigurar el pasado.

No ocurrió así en el caso de la socialdemocracia, siempre proclive a apoyar, de una u otra manera, a la oposición al franquismo, encarnada en particular por el PSOE en el exilio

dirigido por Rodolfo Llopis. Es un capítulo de gloria para la política exterior alemana bajo el signo del SPD, y para la gestión de las relaciones de ayuda a partidos hermanos a través de los mecanismos materializados en la acción exterior de la Fundación Friedrich Ebert, el haber compensado el apoyo de la derecha alemana a sus correligionarios españoles con otro de signo contrario: el de un partido socialista a otro, en las condiciones singulares de la dictadura, de la pretransición y de la transición españolas.

Antonio Muñoz establece, y documenta, la tesis que tal apoyo fue, a su vez, la vertiente española de una estrategia política mucho más general, la *ostpolitik* de Willy Brandt, y que aquí algunos quisieron mimetizar, superficialmente, como mero remedo de apertura comercial y consular hacia los países del Este. No todos. Ahora bien, la gran estrategia alemana de cambio por la vía de la aproximación encontró en España un terreno abonado. La apertura económica (que no se dio en los países del glacis imperial soviético), las oleadas de turistas ansiosos de playa y sol y la emigración laboral a la propia RFA acentuaron la receptividad en un país que, en contra de lo que afirmaba la propaganda turística del régimen, no era tan diferente.

Naturalmente, toda política exige saber elegir los objetivos y definir los medios para lograrlos. En el caso de las potencias democráticas occidentales, había consenso sobre los primeros. Desacuerdo sobre los segundos. La única capaz de tocar varias teclas a la vez fue la República Federal de Alemania, no Estados Unidos, no Francia, no Gran Bretaña, no los países menores. Todos veían, en mayor o menor medida, como peligro a evitar la posibilidad de que el Partido Comunista de España (PCE) asumiera una posición fuerte en la dinámica política posfranquista. Quienes más medios pusieron en juego y quienes mejor se bandearon para que ello no ocurriera fueron los socialdemócratas alemanes.

Su vertiente de la *ostpolitik* aplicada a España era fácil de conceptualizar pero menos fácil de trasladar a términos operativos. Que un partido socialdemócrata como el SPD pareciera entrar en diálogo con el régimen franquista era algo que, para muchos políticos, sindicalistas e intelectuales de la RFA, rayaba en el anatema. También escoció al PSOE del exilio tan pronto como se puso de manifiesto uno de sus corolarios tácticos: para promover el cambio en España era absolutamente necesario dialogar con la oposición también interior. Descartada, por razones obvias, la comunista, llevó algún tiempo decantarse por los renovadores del PSOE y dejar de lado a Enrique Tierno Galván y sus seguidores. Antonio Muñoz reconstruye con gran fidelidad documental aquellos dilemas y también cómo el PSOE renovado y el SPD llegaron a determinar los puntos débiles y fuertes de la futura relación que terminó discurriendo en paralelo y en interacción con la política oficial, de Estado, alemana. Gobierno y partido del Gobierno se apoyaron mutuamente.

¿En persecución de qué? Obviamente no para reparar un descalabro histórico. En persecución de objetivos vivos, fundamentales en una situación excepcional: la de favorecer la democratización española de manera tal que no alterase el sistema de equilibrios exteriores durante el periodo en el que discurrió la transición. Una comprensión realista y de sopeamiento de alternativas respecto a las mejores opciones para influir en la dinámica española llevó a impulsar el proceso político hispano mediante el apoyo al PSOE. Al principio, de forma tentativa. Poco a poco ampliando el horizonte de expectativas y de acciones.

Es especulativo adentrarse en los meandros de la historia contrafactual, de lo que hubiera podido ocurrir si el apoyo del SPD no se hubiese vertido sobre el PSOE y sí sobre alguna alternativa, o si no se hubiera producido. Probablemente

la transición española hubiese discurrido con arreglo a otra dinámica.

Lo que no es especulativo en modo alguno es comparar lo que hicieron dos de los grandes países con intereses eminentes en la situación española: Estados Unidos y Alemania. El primero, incapaz de salir de una visión cortoplacista enteverada por planteamientos ideológicos de vía estrecha, se limitó a seguir la vía segura, de toma de influencia sobre las élites gubernamentales y las que, extramuros, se situaban sólidamente a la derecha y en el centroderecha. También incurrió en el coste de una complacencia excesiva con los vestigios de la dictadura, todo para mantener en las mejores condiciones posibles —a ser posible, como hasta entonces— su inversión en bases y facilidades en territorio español. El segundo, más audaz, apoyando a los Gobiernos de la transición, sí, pero decisivamente a las fuerzas que más prometían impulsar la democratización de España en el marco internacional que le era propio. Innecesario es decir cuál fue la vía a la postre más válida y más rentable.

En términos generales, Antonio Muñoz nos ofrece un análisis implacable y sólidamente documentado de uno de los problemas que más discusiones ha suscitado tras el colapso de los frentes de la guerra fría: el de la combinación entre *realpolitik* y política ética para incidir en una sociedad foránea de tal manera que pueda abordar con posibilidades de éxito el camino del cambio y de la transformación. Algo que tienen que realizar los actores mismos. Como mejor entiendan. Es una pena que las lecciones españolas, y las que la Unión Europea fue penosamente extrayendo de las experiencias de conflictos y de situaciones de apoyo a la democratización en el pasado, se hayan despachado a veces sumariamente. El problema es hoy más candente que nunca tras la denominada «primavera árabe». En la España de la transición no era lo mismo continuar apoyando a Rodolfo Llo-

pis que optar por Enrique Tierno Galván o que apostar por los renovadores del PSOE del interior detrás de Felipe González, Alfonso Guerra, Luis Yáñez-Barnuevo y tantos otros.

Los protagonistas de aquella época, hoy lejana, verán reflejados en este libro destellos de sus sueños de juventud. Los lectores de edad mediana quizá extraigan de él la inmutable lección de que la libertad no viene dada sino que SIEMPRE hay que luchar por ella. Y los jóvenes, que llegan ahora a las aulas o los puestos de trabajo, si los encuentran, tal vez comprendan que, en contra de los estereotipos conservadores, no todo tiempo pasado fue mejor.

En cualquier caso, Antonio Muñoz nos presenta en esta obra un análisis excelente y recupera para la historia el recuerdo de tantos hombres y de tantas mujeres para quienes la libertad nunca fue una palabra vacía.

A.V.,
febrero de 2012

EL AMIGO ALEMÁN



VISIONES DIVERGENTES FRENTE
A UNA DICTADURA SIN FUTURO:
SPD Y PSOE (1962-1969)

En junio de 1950, el presidente del SPD, Kurt Schumacher, remitió al secretario general del PSOE, Rodolfo Llopi, un telegrama en el que exponía la esencia de la posición de la socialdemocracia alemana de posguerra hacia la *cuestión española*: «Recordamos con vergüenza —decía Schumacher— que fue en no poca medida la intervención de la dictadura nazi-fascista la que hizo posible la victoria de Franco. El Partido Socialdemócrata Alemán tiene por ello especiales razones para rendir homenaje a los luchadores españoles por la libertad y el socialismo. Puedes estar seguro de que el partido alemán no estará satisfecho hasta que los últimos reductos del fascismo en Europa y en el mundo sean extinguidos».¹

Estas pocas frases de Schumacher reflejan el tono profundamente ético e idealista que inspiró toda la acción política del SPD en la joven República Federal de Alemania (RFA), cuyos líderes se consideraban la parte sana de una nación corrompida por el Tercer Reich y llamados por ello a devolver al pueblo alemán su dignidad mancillada, restablecer su unidad política, y reintegrarlo a la comunidad de naciones democráticas. Derrotado por la mínima en las primeras elecciones de 1949, el SPD se opuso radicalmente a la política del Gobierno conservador de Konrad Adenauer que, resignada a la división nacional impuesta por las potencias ocupantes, iba dirigida a consolidar a la República de Bonn mediante su inserción económica, política y militar en el bloque

occidental. Por lo que se refiere a España, país por lo demás de rango secundario en la agenda exterior de la RFA en los años cincuenta, los socialdemócratas promovieron el debate público sobre la responsabilidad alemana en la destrucción de la democracia republicana, denunciaron en el Bundestag la amistosa política del canciller Adenauer hacia el Gobierno de Madrid y fomentaron en la medida de sus escasas fuerzas el aislamiento del régimen de Franco en las organizaciones europeas. El único rédito que el SPD obtuvo de su *oposición intransigente* al Gobierno Adenauer fue el progresivo distanciamiento de una mayoría social sinceramente agradecida a los conservadores por un bienestar económico y una estabilidad con la que ningún alemán hubiera siquiera soñado en 1945. En cuanto a España, pese a la vehemencia con que presentaban sus argumentos, los socialdemócratas no lograron influir lo más mínimo en la política del Gobierno conservador, frenar la lenta salida del ostracismo del franquismo, ni modificar una opinión pública convencida de que la España de Franco era un país amigo con el que la RFA compartía destino en la Europa libre de las garras del comunismo soviético.²

Buscando la sintonía con un electorado que parecía dispuesto a condenarle de por vida a la oposición, el SPD puso en marcha en la segunda mitad de los años cincuenta un proceso de profunda reorientación ideológica y estratégica cuyo principal hito fue el congreso extraordinario de Bad Godesberg en 1959. En esa reconversión de partido obrero a partido interclasista, el SPD abandonó el marxismo como base ideológica y lo sustituyó por una difusa pero poderosa fe en la capacidad de la economía social de mercado para solucionar los grandes problemas de la humanidad. Este optimismo radical partía de la convicción, generalizada por entonces en los países capitalistas, de que el crecimiento económico que se vivía desde finales de los años cuarenta sería indefinido y que, por ello, la mayoría de los países accede-

rían a medio o largo plazo al bienestar del que ya disfrutaban buena parte de las sociedades occidentales. Según esa misma convicción, los regímenes dictatoriales estaban condenados a desaparecer ante el empuje de las sociedades complejas que se irían formando al ritmo de la inevitable modernización.³ La certeza de que el progreso económico era el motor de la consolidación y expansión de la democracia en el mundo será lo que permita al SPD articular en los años siguientes una política exterior acorde a las realidades de la guerra fría y una nueva posición hacia España menos combativa con el franquismo pero, así se esperaba, más eficaz para contribuir desde la RFA a que el pueblo español se viera un día libre de la dictadura.⁴

LA «EUROPEIZACIÓN» DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA DEL SPD

El 9 febrero de 1962 España solicitó a la Comunidad Económica Europea (CEE) la apertura de negociaciones dirigidas a establecer una vinculación «en la forma que resulte más conveniente para los recíprocos intereses».⁵ Mediante el diálogo con Bruselas, el Gobierno de Franco pretendía, por un lado, frenar las negativas consecuencias que para las exportaciones españolas estaba provocando la consolidación de una tarifa exterior única de los países miembros de la CEE y, por otro, caminar hacia una relación estable con este poderoso ámbito económico para garantizar el éxito del ambicioso Plan de Desarrollo que por entonces se ponía en marcha.⁶ Ante aquella inesperada y sorprendente irrupción de la dictadura del 18 de julio en la arena europea, la socialdemocracia alemana sumó su voz a la de la izquierda de la CEE y logró influir mediante su firme posición en el Parlamento Europeo para que la Comunidad no diera una contestación positiva a la demanda de Madrid.⁷ Además, con motivo de